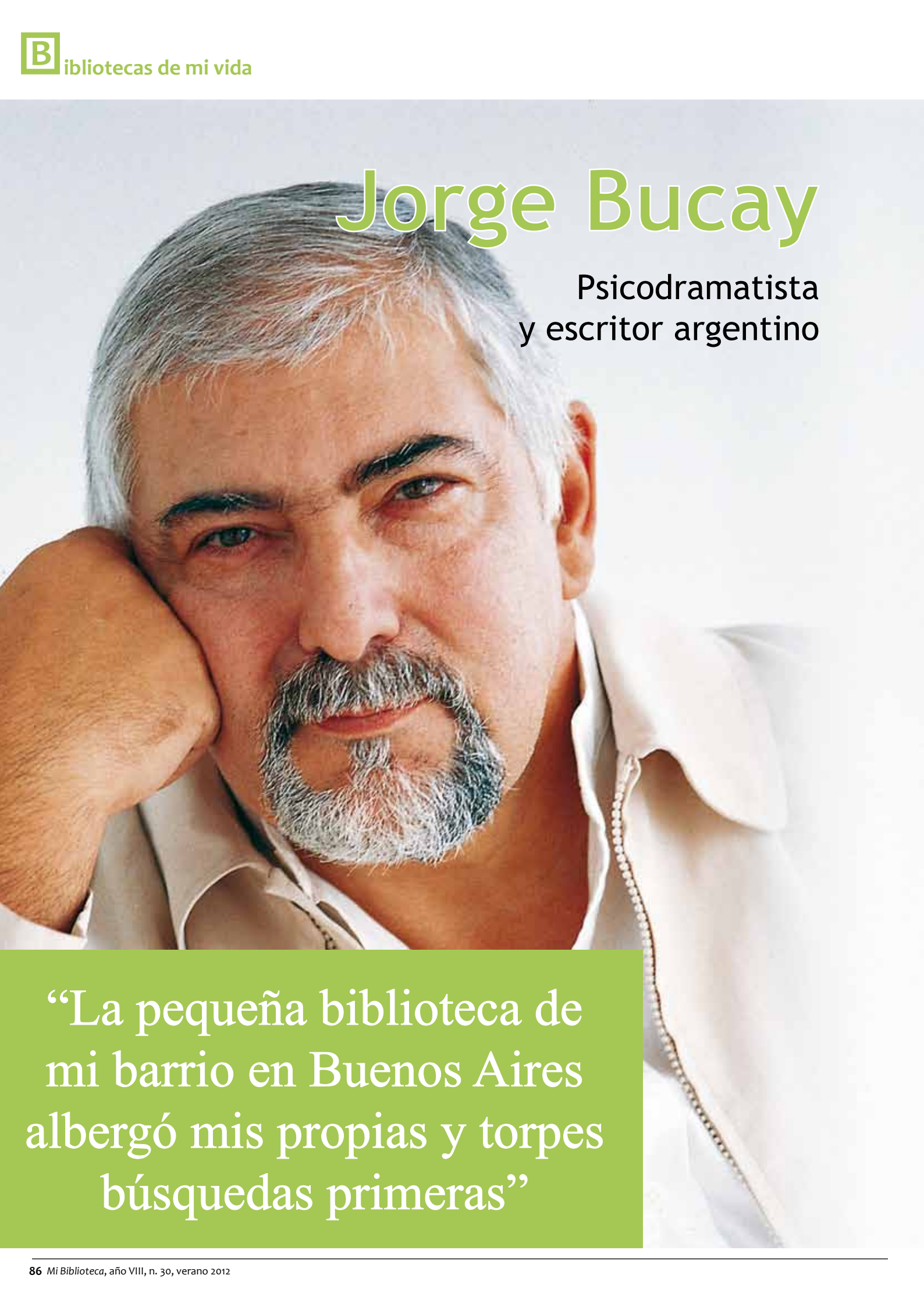


# Jorge Bucay

Psicodramatista  
y escritor argentino

A close-up portrait of Jorge Bucay, an older man with grey hair and a goatee, resting his head on his hand. He is wearing a light-colored shirt. The background is a plain, light color.

“La pequeña biblioteca de mi barrio en Buenos Aires albergó mis propias y torpes búsquedas primeras”

No puedo hablar de las bibliotecas de mi vida sin recordar dos, tan distintas como distantes, en sus dimensiones, en su trascendencia y en su localización en el mundo. Una, la pequeña biblioteca de mi barrio en Buenos Aires, llamada Hilario Ascasubi en honor del primer poeta gauchesco de Argentina. Otra, la increíble Biblioteca de Weimar, en Alemania.

La primera porque albergó cada una de aquellas mis propias y torpes búsquedas de saber y curiosar, dejándome recorrer durante años, casi con insolencia, sus endebles y movedizos estantes. La última, porque fue testigo de la mayor emoción que la presencia de los libros, mis amigos de siempre, me produjeron jamás.

A diferencia de aquella pequeña biblioteca de barrio, montada en la casa que un maestro donó al morir para albergar a sus libros y compartirlos; el edificio de Weimar, más que una biblioteca parece

“Las llamas descontroladas destruían todo a su paso. Nada les importó qué se llevaban, ni lo terrible de su acción. Treinta mil libros desaparecieron para siempre esa noche; libros únicos, irrepetibles, irrecuperables”.

un museo del libro, un gran monumento en honor a la letra impresa. La sensación de caminar por sus pasillos, entre originales de Shakespeare, incunables de cientos de años y las colecciones privadas de Shopenhauer, Nietzsche y Goethe, es difícil de describir. Más de 100.000 libros habitan la casa, conviviendo con decenas de tapices, pinturas y junto a partituras originales manuscritas de Bach, de Mahler o de Wagner.

Recuerdo, aquella noche del 2007, en la que los noticieros contaban de la tragedia que conmovió al mundo. El edificio de seis pisos de la Biblioteca Weimar, declarado por las Naciones Unidas Patrimonio Cultural de la Humanidad, ardía en un incendio de proporciones gigantescas.

Las llamas descontroladas destruían todo a su paso. Nada les importó qué se llevaban, ni lo terri-

“A diferencia de aquella pequeña biblioteca de barrio, montada en la casa que un maestro donó al morir para albergar a sus libros y compartirlos; el edificio de Weimar, más que una biblioteca parece un museo del libro, un gran monumento en honor a la letra impresa”.

ble de su acción. Treinta mil libros desaparecieron para siempre esa noche; libros únicos, irrepetibles, irrecuperables. Cuarenta mil más resultaron dañados gravemente por las llamas, destruidos en parte o arruinados por el humo y por el agua que los bomberos lanzaron en la tarea de apagar el incendio.

Según lo que hoy podemos saber, todo empezó con un desperfecto en el cableado de la luz (las viejas estructuras siempre están expuestas a fallas). Un cortocircuito produjo una chispa. Una simple chispa que podría pasar desapercibida, rodeada de material inflamable devino en fuego y poco después las llamas se expandieron por toda la biblioteca ante la mirada impotente de los que nada podían hacer para evitar lo que ya era tarde para prevenir.

¿Se podía haber hecho algo para evitarlo? Posiblemente sí. Estaba previsto que cinco semanas más tarde todos los libros iban a ser trasladados a otro edificio para permitir los trabajos de reparación que el edificio necesitaba. Asuntos económicos, burocracias y el debate sobre otras prioridades venían postergando esa decisión desde hace años.

A veces basta una chispa para desatar la tragedia. A veces las catástrofes se vuelven tales solamente cuando se han postergado demasiado los cambios de estructuras que sabemos necesarios. A veces los intereses mezquinos de unos pocos ocasionan terribles pérdidas para muchos.

Cabe recordar, cómo olvidarlo, que en esa noche, la del incendio Weimar, hubo también 50.000 libros que fueron salvados por casi mil bomberos y vecinos que arriesgaron sus vidas, entrando en la vieja biblioteca, muchos de ellos por primera vez y que 40.000 libros, muy dañados fueron conge-

dos y puestos en manos de cientos o miles de expertos de todo el mundo que poco a poco luchan por restaurar lo destruido.

El tiempo pasa inexorable y las cenizas que dejó el fuego fueron llevadas lejos por el viento. Los libros quemados no podrán recuperarse y no debemos olvidarnos de ellos, pero tampoco de aquellos libros salvados ni de los héroes que lo hicieron posible.

En un mundo lleno de espíritus inflamables, inundado de poblaciones oprimidas por viejas estructuras injustas y burocráticas, y rociado con el explosivo combustible del odio y la discriminación entre los pueblos, bueno sería empezar a tener más cuidado con las chispas que pudieran encen-



Jorge Bucay, por Gusi Bejer

der la mecha de un camino sin retorno, y no descuidar los recursos que tanto necesitamos, como nuestros libros y nuestras bibliotecas. ▲

Ficha técnica

**AUTOR:** Redacción Mi Biblioteca.

**FOTOGRAFÍAS:** Archivo personal de Jorge Bucay. Dibujo de Gusi Bejer de [www.elcultural.es](http://www.elcultural.es)

**TÍTULO:** "La pequeña biblioteca de mi barrio en Buenos Aires albergó mis propias y torpes búsquedas primeras". Entrevista a Jorge Bucay, psicodramatista y escritor argentino.

**RESUMEN:** Jorge Bucay, terapeuta y escritor argentino, cuenta qué dos bibliotecas son las que mayor calado han tenido en su vida. La primera, la de Hilario Ascasubi, en Buenos Aires, y la otra, la Biblioteca de Weimar, en Alemania. De esta última nos habla sobre el impacto que le produjo el incendio que destruyó tantos de sus amigos, los libros.

**MATERIAS:** Bucay, Jorge / Terapeutas / Autores Literarios / Entrevistas.

## Pastillas contra el dolor ajeno

Tú las tomas,  
otros se curan



**Cómpralas en tu farmacia  
por sólo 1€, y ayúdanos a tratar a miles  
de enfermos olvidados**

Contienen 6 Caramelos de menta

